

Una mezcla mareante

Ana Rodríguez Fischer

BENJAMÍN PRADO

Mala gente que camina
Alfaguara, Madrid, 428 págs.

Ya bastante avanzada la lectura de *Mala gente que camina*, llegamos a un párrafo donde el narrador, al referirse a las impresiones que le produce, tras la separación matrimonial, verse obligado a refugiarse en la casa familiar de Las Rozas –ahora ya sólo habitada por su madre– y recorrer las mismas calles de la infancia, escribe: «Anduve por aceras desiertas y calles hastiadas de ser las mías que, como de costumbre, me parecieron una mezcla mareante de pasado y presente, de realidad y ficción». Y esta lectora piensa que la última parte de la cita sirve muy bien para definir, grosso modo, una novela en cuya factura en seguida se perciben las grandes líneas de fuerza de una muy conocida y exitosa fórmula que podría resumirse en el marbete de «un relato real». Veamos dónde está esa mezcla de pasado y presente, de realidad y ficción, y por qué resulta mareante.

Un profesor de instituto, Juan Urbano, que redacta una conferencia sobre Carmen Laforet que habrá de pronunciar dentro de unos días en una breve gira por tres universidades norteamericanas (y que formará parte de un ambicioso ensayo sobre nuestra primera posguerra titulado *Historia de un tiempo que nunca existió*), descubre de manera un tanto fortuita la existencia de una escritora prácticamente olvidada, Dolores Serma, autora de una única novela, *Óxido*, de la que tampoco apenas han quedado noticias, pese a la estrecha amistad que la unía a Carmen Laforet, o a que aquella supuesta autora había estado presente en destacados acontecimientos literarios que tuvieron lugar entre 1944 y 1961 (fecha de la aparición de *Óxido*), puesto que la mencionan destacados escritores de la primera promoción de novelistas de la posguerra (Delibes) y otros de las siguientes generaciones que –como Barral, Benet o Caballero Bonald– dieron testimonio parcialmente de aquel período histórico-literario. La noticia sobre la misteriosa escritora se la da a este profesor la madre de uno de los alumnos del instituto, que resulta ser la nuera de Dolores Serma, por lo que, además de proporcionarle una serie de datos curiosos y de primera fila, le apunta a la vez algún que otro episodio biográfico muy chocante e incluso raro, además de regalarle un ejemplar de *Óxido* y, con el tiempo, facilitarle la consulta de otros documentos más o menos relevantes.

Por esta vía, la novela de Benjamín Prado se remonta básicamente hasta los años cuarenta, pero también alcanza aquellos otros (los de la Guerra Civil y los de la Segunda República) que explican dicha década. Es el bloque que conforma el pasado reconstruido y ficcionalizado en la misma *Mala gente que camina*. El presente lo constituye el día a día de este esforzado profesor, al que, para colmo, un mal año se le había ocurrido presentarse al cargo de jefe de estudios para engrosar algo más su

nómina y a la vez quitarse de encima doce horas de clases semanales a adolescentes descerebrados y... ya sabemos el resto: lo encontramos repetido *ad nauseam* en todo tipo de crónicas, informes, reportajes, cartas al director o artículos de opinión. El día a día de Juan Urbano se nos relata con todo lujo de detalles. Y lo peor de todo: esa cotidianidad insulsa y monótona se nos cuenta y/o representa varias veces en la novela, casi a diario a lo largo de la primera semana que ocupa el presente de la historia (unas cien páginas). Imagínense lo que es recorrerla pormenorizadamente a lo largo de decenas de páginas que no parecen haberse ajustado a la muy recomendable «ley» de la economía narrativa, y esa pesada «artillería de la realidad» se reproduce con todo lujo de detalles, tal vez excesivamente confiado el narrador a que ese material resultase más digerible gracias a servirnoslo con abundantes graciets y chistecitos, deudores de la guasa, que no del humor («sudaba tanto que estuve a punto de llamar a un fontanero para que lo reparase»), o bien articulados a partir de la ignorancia de algún personaje (como Julián, que habla de que Dios es *omnívoro*, del juramento *hidráulico* o de bote *sinfónico*), además de apoyarse en un pretendido ingenio fácil y barato, de chisporroteo. Y también excesivamente confiado este narrador a una mirada cuya supuesta irrelevancia no justifica que en la novela se preste tanta atención a tipejos insignificantes, estereotipados al cien por cien, que abultan mucho, pero apenas aportan nada más que una, ¿graciosa?, pincelada costumbrista.

Si a ello añadimos que este Juan Urbano (¿habrá ironía en el apellido?) está cargado de manías (sobre todo dietéticas), es bastante neurótico, arisco y huraño donde los haya, un punto soberbio, petulante y autocomplaciente, y que todo eso lo vemos repetido una y otra vez en escenas que parecen clonadas entre sí, pues la crónica del presente de este hombre resulta muy pesada de digerir, salvo en lo que se refiere a la investigación histórico-literaria que emprende (también algo repetitiva, ya que además de ofrecernos los datos sin ensamblar, todavía recién descubiertos, nos hace volver sobre ellos cuando les comunica sus hallazgos a distintos interlocutores, y aun luego, cuando los incorpora a la redacción definitiva de su ensayo), que no necesitaba aderezar con el coqueteo y el juego seductor que despliega con su informadora Natalia Escartín.

Benjamín Prado tenía en sus manos una preciosa y estremecedora historia, la de Dolores Serma, y la que la ficticia escritora cuenta en su novela *Óxido*, que, entre líneas y con registros kafkianos, denuncia uno de los mayores dramas silenciados de la posguerra española: el secuestro y robo de niños a las presas republicanas para serles entregados a familias afines al régimen franquista. Y eso sí es serio. Pero, aun por esta veta, al autor se le escurre todo entre las manos, porque la ficción queda asfixiada no por la realidad o por la historia, sino por la información. Es abrumadora la descarga (a veces indiscriminada) de información procedente de memorias, autobiografías, dietarios, diarios, ensayos, etc., sobre la época reconstruida, información que se inserta a palo seco y que lo mismo versa sobre temas verdaderamente pertinentes y centrales como se expande a otros asuntos traídos al primer plano del relato de manera un tanto forzada. Hablo de amplias tiradas sobre la Reforma Agraria de la Segunda República u otros de sus programas, la División Azul, los Tupamarus, la cartelera teatral de los años cuarenta o la programación de los primeros años de Televisión Española, las delaciones y las purgas, la actuación de Onésimo Redondo en Valladolid, sumado todo ello a la inmoderada reproducción de textos de escritores que cambiaron de bando y cantaron las excelencias de la nueva España junto con las posteriores retracciones (saco en el que Baroja se homologa a Pemán, y a Ridruejo se le asaetea con igual virulencia con

que se trata a otros ¿escritores? que sí merecen tales diatribas: Vallejo-Nájera, López Ibor). Todo esto, en las generosas dosis con que se nos sirve, lejos de contribuir a recrear el telón de fondo en que se desarrolló la tragedia de las hermanas Serma (un escenario, por lo demás, bien conocido, documentado y novelado), contribuye a desdibujarlo, al no centrarse en lo medular de su caso y desparramarse aleatoriamente con largas y cansinas retahílas de datos. Y, aun compartiendo en gran medida las tesis del autor, no apruebo, sin embargo, el tratamiento excesivamente sectario y partidista desde el que se cuenta, tan próximo en ocasiones al panfleto y al maniqueísmo, hasta el punto de reprochársele a algunos escritores ingleses combatientes en nuestra Guerra Civil, como Orwell, «que si cuando llegaron eran revolucionarios, cuando se fueron ya sólo eran anticomunistas». Una perspectiva viciada que salpica, asimismo, el tratamiento de la materia ficticia, como puede apreciarse en el trato que se da a Carlos Lisvano Serma -el rival-oponente del narrador-, al que de entrada ya se describe así: «Era uno de esos tipos de mirada condescendiente, modales rebuscados y una voz campanuda que él saboreaba como si acabasen de vendérsela en una repostería. Poseía tantas credenciales, estudios y títulos que uno se lo podría imaginar yendo a una autoescuela antes de atreverse a coger el carro del supermercado». Tal posición acarrea también otros defectos menos graves y alguna que otra incongruencia: de ahí, la impresión de mezcla mareante que nos queda al ir leyendo *Mala gente que camina*.